

La epopeya de la clausura Para leer a De Sanctis

Christopher Domínguez Michael

“La más bella historia de la literatura que se haya escrito nunca” es, según René Wellek, la *Historia de la literatura italiana* (1870-1871), de Francesco De Sanctis. Eso lo dice Wellek en su propia *Historia de la crítica moderna, 1750-1950*, que es el único libro de su género donde se honra debidamente a De Sanctis (1817-1883). Antes, hay que irse muy lejos, en lo Wellek, a una mención remota de Ferdinand Brunetière, a finales del siglo XIX. Algo hay de gratitud en la emoción de Wellek: De Sanctis dijo que a la crítica le quedaba pendiente la escritura de una historia de la crítica y a ello dedicó Wellek su vida. Intriga, la naturaleza no-cosmopolita (para decirlo con Antonio Gramsci) de los clásicos italianos, conde-

nados por Dante a vivir en un purgatorio más visitado por turistas o por lectores solitarios que por críticos extranjeros.

Tienen razón Wellek y Benedetto Croce y los muchos italianos que se han dedicado a cantar las loas de la *Historia de la literatura italiana* (traducida al inglés y al español). El libro es hermosísimo y vale la pena tratar de leerlo en italiano. Tiene las características de un cuento contado de principio a fin cuyo tema es la felicidad. Es cosa de leer, por ejemplo, el capítulo dedicado a Maquiavelo: otro, muy otro, es el autor analizado por De Sanctis frente al que estamos acostumbrados a encontrarnos. El verdadero príncipe es Maquiavelo mismo, dueño de Florencia.

La italiana, leyendo a De Sanctis, aparece como una literatura que va de obra maestra en obra maestra, de Dante a Leopardi, pasando por Petrarca, Boccaccio, Maquiavelo, Tasso, Ariosto, Alfieri, Foscolo: la *Divina Comedia*, el *Cancionero*, el *Decamerón*, *El Príncipe* y la *Mandrágora*, *La Jerusalén liberada*, *Orlando Furioso*, *Los Novios*, los *Pensamientos*, *Los Sepulcros*... En su diseño no caben las obras menores y, sin embargo, pese al momento didáctico vivido entonces por Italia (De Sanctis mismo fue ministro de instrucción pública del reino en 1861) nada tiene de apologética ni de populista su *Historia*, que alimentándose de la historia, sólo metaboliza el magma poético y lo demás lo desecha.



Francesco De Sanctis

Tenía razón Croce al subrayar el respeto de De Sanctis por la autonomía de la obra de arte, la indiferencia que le provocan el historicismo y su anecdótico. En un historiador literario más kantiano que hegeliano como lo fue De Sanctis, el romanticismo, ante cuya aurora se cierra el libro, aparece como una consecuencia natural, menos que como una revolución. Fue De Sanctis el gran intérprete de Vico y de él toma los ciclos armónicos. Armonía la de Sanctis imposible de encontrar en los críticos rusos o en Taine.

En las propias páginas de la *Historia de la literatura italiana* pueden deducirse algunas hipótesis sobre la indiferencia del mundo por los clásicos italianos. Es en De Sanctis donde uno se encuentra con que el origen moderno de la literatura italiana es muy distinto al de otras literaturas europeas. Se trata de dos asuntos: la relación doméstica de los italianos con los clásicos grecolatinos y la omnipresencia del drama musical.

En el primer caso, es De Sanctis quien se vanagloria de esa intimidad. Dice que los italianos nunca rompieron su intimidad con los clásicos. Se nota que no lo hicieron y a veces los perjudica esa familiaridad un

tanto pueril con un pasado menos suyo de lo que pretenden, notorio en Ariosto, Tasso y en Alfieri, por ejemplo. Los tres padecen de la irrealidad de la imitación: De Sanctis lo dice pero, en mi primera lectura, me pareció que no sacaba las conclusiones pertinentes. En *Ensayos sobre crítica literaria*, de De Sanctis —una selección argentina de 1946 de los *Saggi critici* (1864)— defiende al conde Alfieri de los denuestos de Jules Janin, un crítico francés ciertamente no muy recomendable, ni entonces ni ahora. Sin embargo, leído Alfieri, me temo, se le da la razón a Janin cuando dice que este conde escribía dando de pistoletazos para recordarle al público su existencia.

El segundo caso. En la *Historia*, De Sanctis habla de Pietro Metastasio (1698-1782) como la figura de transición entre la vieja y la nueva literatura. No sólo se trata del libretista de Haendel, de Gluck, de Mozart (*La clemencia de Tito*), un poeta de la música que habiendo logrado, según decía De Sanctis, que al público le importara lo que decía el drama musical, no cómo se oía, fue el escritor más popular de la Ilustración. Pero hubo drama musical en toda Europa sin que Rameau fuese el padre de la literatura francesa moderna ni Bach, tampoco,

de la literatura alemana. Ese origen en la escena musical es único, una ambigua singularidad: dio a los italianos su poderoso lirismo pero hizo que arrastraran con muchas de las inverosimilitudes operísticas. Vistos superficialmente, Ariosto, Goldoni, el Tasso, no se diga Metastasio, no son clásicos eternos sino eternos neoclásicos.

Croce, el gran valedor de De Sanctis y su heredero autonombrado, lamentaba que este crítico decimonónico sólo se haya dedicado a Italia (a la unidad literaria de Italia, para ser precisos), no quedándole tiempo para seducir a Europa. Puede ser. No hizo De Sanctis una historia de la literatura inglesa, como Taine, ni recorrió el mundo hablando de Goethe, de Voltaire, de Shakespeare, como Brandes. Pero ninguna literatura nacional se ha sentido tan identificada con una *Historia de la literatura* como la italiana con la de De Sanctis. No podía ser de otra manera: rechazando las historias universales que fabricaba industriosamente su contemporáneo, el enciclopédico Cesare Cantù, Francesco De Sanctis se propuso escribir una historia de la literatura que fuese al mismo tiempo la postulación de una estética y un libro maravilloso, triple propósito logradísimo. **u**

